

Cuadernillos de poesía colombiana



Guillermo Valencia

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

Guillermo Valencia

La figura de Guillermo Valencia domina el panorama intelectual de Colombia por la fuerza casi heroica con que están impresos en él los signos de la inteligencia. Situémosle en el cruce ideal de varias corrientes humanas, a donde confluyan los tipos específicos de las diferentes razas y civilizaciones, llevando en el rostro la huella de su preocupación interior, y es seguro que el analista encargado de clasificar la heterogénea familia lo escogería sin duda para alguna de las disciplinas del entendimiento. Así como los antiguos creían descubrir un dios en el hombre de aventajada talla, ya que las metamorfosis divinas se efectuaban siempre en cuerpos florecientes, así este Alcibiades de la inteligencia sugiere de hecho la vinculación poderosa de su espíritu a las más altas preocupaciones ideales. La sobrehumana predestinación dejó marcado su rostro. Pudieran estudiarse en sus prominencias frontales los golpes de energía creadora a que fue obedeciendo el pulgar que plasmó su cabeza.

La aparición de Valencia en las letras patrias sumó una fuerte cantidad de energía espiritual a los valores estéticos de que está dotada nuestra raza. Suprimamos por un momento su actividad literaria y habrá desaparecido uno de los rasgos más salientes de nuestra constitución ideal. De tal modo su obra se ha involucrado en las capas superiores de la conciencia nacional! Su mismo gesto exterior parece estar plasmado en la memoria de quienes le han visto alguna vez. Ha creado la estética del gesto. Por virtud de su ademán el pensamiento ha adquirido contornos, como las materias modelables. Su mano experta sabe seguir las ondulaciones de la idea con amorosa delectación, así como la esclava encargada de ungir el cuerpo de las cortesanas antiguas recorría unciosamente los planos de la viva escultura.

Su vida se curva armoniosamente sobre el estadio de nuestras agitaciones intelectuales, dominando el bullir de abajo con la fuerza de su equilibrio sereno. A tiempo que la noción del arte y de la vida se encuentra como fragmentaria en muchos de sus contemporáneos, él las realiza íntegramente en una síntesis prodigiosa, creando una estética del pensamiento y una estética vital sujeta a muchas de las ondulaciones del instinto y tiranizada por el empeño de realizar al hombre en todas sus formas.

Su aparición en la literatura va envuelta en un incidente parlamentario ruidoso. Era el adolescente que salía, armado con la flecha de los dioses, de entre el humo de los braseros políticos y se imponía desde luego por la gracia de sus movimientos. Desde ese instante llamó la atención de manera casi exclusiva y conquistó el agasajo público en forma que hoy, cuando ya el brillo juvenil no irradia sobre su figura, aún recibe las

más efusivas muestras de admiración colectiva. No sabemos si ha llegado para él la hora del recogimiento, porque no ha querido contarnos el proceso de su espíritu; pero sí estamos seguros de que su reposo a la sombra de los laureles arcaicos es tan activo como el breve descanso que debieron brindarle los mirtos en la hora del combate. Prácticamente, parece hallarse al margen del pensamiento literario de hoy. Formas inesperadas han sucedido a la noble euritmia de su expresión intelectual. Una visión dinámica del mundo parece sustituirse a la contemplación estética y el movimiento ha reemplazado a la serenidad de la línea. Y, sin embargo, su obra sigue nutriendo las inteligencias, y si no ha creado prosélitos en el sentido estricto de la palabra, sí ha influido de manera más alta por el soplo de belleza indeficiente que la anima y por la múltiple cantidad de elementos estéticos de que está compuesta.

Esa obra presenta planos definidos y concretos. Sabe ofrecerse a la contemplación en un solo golpe de vista, como una ciudad edificada sobre una colina y bañada de luz por todas partes. No hay laberintos inextricables ni avenidas tortuosas. Todo es simétrico, sujeto a medida y armonía. El relieve de las cosas apenas proyecta una leve sombra que presta su gracia y su misterio a la sencilla claridad del conjunto. Si hay una flor es el acanto simétrico, que parece recortado en una hoja de acero; si suena una música, de seguro no es la flauta rústica que debe estar proscribida de allí porque altera la gracia de los rasgos fisonómicos. Allí no conducen caminos por los que puedan trajinar gentes vulgares. Es la ciudad voluptuosa y al mismo tiempo severa en donde podría educarse un adolescente patricio para las empresas humanas y para las sutilezas del entendimiento.

No son los cánones de cierta escuela poética en que se le ha clasificado, la razón del divorcio aparente entre el hombre y la obra, sino su posición misma delante del fenómeno biológico. La crítica que busca ante todo el documento autobiográfico en los versos de un poeta, quedaría burlada en este caso. Los conflictos propiamente vitales no hallan eco en la inspiración de este artista. La vida, bella y cruel, no desgarró la túnica del esteta que proclama que la existencia de los dioses es matemática y pone por encima del poeta que traduce los valores afectivos al hombre de ciencia que juega con valores abstractos. Si ha llorado alguna vez, ha sido envuelto en los pliegues de su manto, como el Ulises griego, o en un momento de exaltación dionisiaca, como cuando su pueblo natal lo recibió entre palmas como destinado al solio presidencial. Esta contemplación del mundo impone una regla, sujeta la vida a medida exacta. Su lema podría ser el mismo del oráculo: "Nada demasiado". Su poesía está hecha de perspectivas intelectuales, cruzada de intenciones estéticas y doctrinarias. Si seguimos las huellas de su pie por el mundo encontraremos el relieve de la sandalia, perfectamente delineado, no el dibujo de la planta humana que nos indica el camino doloroso que siguieron otros cantores. Cuando evoca a la criatura amada largamente,—con el corazón ya maduro como las pomas de otoño,—recurre a la serenidad de la escultura griega para darnos la imagen de la desaparecida. Canta la muerte de un amigo, compañero de su primera juventud, y nos le muestra estilizado, con el gesto ambiguo de Antinoo. Pide para Silva un verso decadente, y

hace una oración romana sobre el animalillo inteligente que lo acompaña en sus excursiones cinegéticas. Goethe se le presenta como el hombre de mármol cuyos labios ignoran la sonrisa. Nada le dice el mortal que pide, como el Rey Salomón, el contacto de una carne joven para alegrar su vejez olímpica, o confiesa haber sido consolado en sueños por mujeres muy dulces y muy maternas que conocieron demasiado su pobre corazón de carne.

Dentro de esta estética no se conciben las agitaciones del momento, las formas cambiantes de la vida en que nos agitamos. Es necesario aislarse en la contemplación de las edades muertas, en el paisaje imaginario que dibuja la perspectiva del tiempo. Amar intensamente una raza desaparecida, enamorarse de la historia de un pueblo, vivir con otros hombres. En una palabra, es necesario acatar la tradición. Toda la obra de Valencia, o, por lo menos, sus cantos principales, son retrospectivos. Su inspiración escoge las edades consagradas como clásicas. ¿Hallaremos la causa de estas preferencias? Sin duda.

Pertenece Valencia a una familia patricia, de clara ascendencia hispánica, y ha vivido los años de su vida en una de las ciudades más ilustres de Colombia. Las primeras impresiones que recibió su cerebro fueron las ideas religiosas transmitidas por los labios maternos. La tradición romana se impuso, pues, desde el primer momento, y se confirmó en el establecimiento de educación secundaria donde transcurrió su adolescencia. Tenemos, pues, el germen inicial de su arte. Precisa aquí estudiar un poco el ambiente de Popayán.

La ciudad amada se alza al pie de las colinas tutelares antiguamente loadas en las octavas del poeta soldado. A semejanza de aquellas virgenes guerreras que sostienen en el brazo una torre, ella levanta airosa sus campanarios católicos. Rodéala una atmósfera serena. Los campos vecinos, vestidos de verdor perenne, reviven hermosamente el mito de las regiones edénicas. Antiguos robles crecen en las orillas de su río. Viejos robles perforados por el fuego con que los campesinos les vacian las entrañas, pero que aún conservan su follaje, abundante y oscuro. A su sombra, como en la Arcadia pastoril, se celebran alegres fiestas campesinas o se prenden hogueras que recuerdan los festines homéricos. El humo de las fábricas no mancha la transparencia del día. Es la libertad del campo sin leyes, de la naturaleza libre. Las alondras se embriagan de luz nueva en cada amanecer, y el toro, símbolo de las fatigas triptolémicas, se destaca bello y lozano, consagrado exclusivamente a la tierra como una bestia votiva. Los placeres son sencillos. La visión de las cosas, siempre cercanas por la pureza del aire, simplifica el sentido de la vida. Las gentes son buenas y fuertes y cultivan con esmero la virtud pagana de la hospitalidad. El fuego es el símbolo de la primavera y de la tradición cristiana. Un ancho camino semejante a las vías romanas, une la ciudad con el campo. Todo en aquella respira nobleza rancia y distinción. Macizos frontispicios de piedra decoran la entrada de las casas, labrados pacientemente por manos esclavas en la época de la dominación española. Una tradición esencialmente caballeresca modela las costumbres e imprime carácter a los habitantes. Algunas de sus mansiones, de alta alcurnia, conservan preciosos recuerdos de las épocas coloniales. La ciudad toda se

mira en el pasado como en un río de aguas muertas y tiende sus manos de piedra para recoger la ceniza que suele llover de su cielo.

Esta es la ciudad de Valencia, en sus rasgos esenciales. Naturalmente, un espíritu comprensivo, rodeado de ese ambiente, se inclina necesariamente del lado de las cosas pasadas y recibe la noción de la vida plasmada en el ambiente que le rodea. El espíritu se vuelve reflexivo por fuerza, lejos de la dispersión que sufre en las urbes cosmopolitas.

Pero hay otra circunstancia más decisiva. Valencia pasó su adolescencia en el Seminario de Popayán. Estaría por demás afirmar que en ese establecimiento impera la más rígida ortodoxia católica. Los hijos de San Vicente forman allí una sociedad en que la austeridad y sencillez de las costumbres evocan los primeros tiempos cristianos. La disciplina es dura. La confesión frecuente desarrolla intensamente la visión introspectiva y forma temperamentos analíticos, aptos para disociar los estados de conciencia, según los métodos experimentales de Loyola. Por otra parte, las facultades literarias encuentran vasto campo para su desarrollo. El rigor escolástico, en su distinción sustancial de materia y forma, enseña a separar el estilo de las ideas y a trajinar por éstas independientemente de todo elemento imaginativo. El estudio de la lengua latina lleva lógicamente a las síntesis mentales, a la condensación de la frase, y hace amar las literaturas clásicas. Se traduce cariñosamente a los Padres de la Iglesia. San Jerónimo, Minucio Félix, Tertuliano, San Agustín, etc., son allí lecturas familiares.

De esos estudios salió el "San Antonio", el poema de más vasta concepción de Valencia y que tiene por base el diálogo entre el santo y el Hipocentauro, tan ingenuamente narrado por San Jerónimo en su latín bárbaro. Hé ahí la célula que engendró ese organismo poético que es el poema, más trascendental que el "Coloquio de los Centauros" de Darío, y obediente en el fondo a esa especie de tragedia intelectual en que Valencia sitúa los asuntos de sus poemas. Hay allí la lucha de dos civilizaciones, el cruce de dos grandes momentos históricos. La acción del poema parece trasladarnos a aquel momento, decisivo en la historia de las ideas, en que San Pablo pisó la tierra de Atenas y paseó su rostro enmarañado de judío a través de las calles pobladas de divinidades olímpicas y de hombres tan hermosos como los dioses. Con todo, la concepción del poema es esencialmente pagana. Son dos formas de belleza las que allí luchan. El Centauro personifica todo lo que hay de hermoso en el paganismo: la gracia de las formas, la alegría de la fuerza, el desbordamiento vital. El Cristo del poema no es el reformador del mundo por el influjo moral de una doctrina, ni el enviado del Padre para salvar a los hombres. Es un profeta joven cuyo genio místico crea una institución poderosa y que en el momento de expirar añora sus tierras de Galilea, con sus viñedos y sus lagos, y supera en expresión dramática al encadenado del Cáucaso. La mortificación, el vencimiento de las pasiones, principios de perfección en la ética cristiana, son allí fuente de voluptuosidades, y, por no sé qué sadismo intelectual, llegan a crear equivalentes de gozo comparables con el placer efectivo.

Un crítico minucioso podría hablar, a propósito de este poema, de

cierta concepción meramente estética del cristianismo y llegar a la interpretación racionalista de Renán.

De la misma vena es el "Palemón", donde el conflicto se resuelve afirmativamente del lado de la carne.

Paralelamente con los autores sagrados se traduce en el Seminario a los profanos. Virgilio, especialmente. Es indudable que la índole moral del cantor del Lacio no disuena dentro de un ambiente religioso. El primer albor de la doctrina nueva parece destellar en la frente orlada del cantor de las **Geórgicas**. Las **Odas** de Horacio y los versos de Ovidio son también pasto intelectual. Valencia devuelve esta influencia en su libro. Allí está el "Ovidio en Tome", donde narra la melancolía del romano desterrado bajo la tienda de los sármatas. Allí está el "Canto a Popayán", esencialmente virgiliano en las imágenes y que nos refleja la emoción de la campaña natal en Valencia, emoción que él depura a través del mantuano, apartándose del eglogismo simple, para darles a sus imágenes un timbre hermosamente clásico.

Todas estas influencias del medio físico e intelectual han marcado la fisonomía de Valencia con un relieve tan hondo como el de las improntas que se encuentran en los terrenos geológicos, y determinan su filiación mental dentro de la tradición clásica del pensamiento.

Es el latino por excelencia. Existen indicios que se ordenan necesariamente al lado de la gran prueba central, que es el haber bebido su inspiración en las fuentes del Lacio. La historia de Roma subyuga su espíritu. Los doce Césares le dan la nota plástica de la violencia y del mando. Después de contemplarlos, con su frente estrecha y su ancho cuello, crespos y carnales como las cabezas bovinas de las decoraciones campestres, no le temblará la mano. Asegúrase que una efigie de Julio César preside sus meditaciones. El hermoso conquistador realiza sin duda para él el tipo de humanidad más completo. Artista, escritor y hombre de acción, es el personaje integral de la concepción renacentista. Cuando Valencia nos muestra al parlamentario colombiano caído sobre las piedras capitolinas, evoca interiormente la imagen del patricio acribillado arrastrándose hasta la estatua memorable. Este tipo de hombre integral fija su atención de modo tiránico. De ahí su adoración por Goethe, que conquistó todos los reinos del espíritu obedeciendo a un plan de formación interior desarrollado con rigor verdaderamente estratégico, y de ahí la admiración que le despiertan los hombres del Renacimiento: Leonardo, el Bembo, César Borgia. Y es que Valencia ha movido su curiosidad de muy distintas maneras. No sólo las letras antiguas y modernas sino las ciencias históricas y naturales tienen en él un disertador elegante y sabio.

César aparece en un soneto de su juventud copiado sobre el bronce de una medalla conmemorativa y todavía, en unos versos de su hora otoñal, halla en el laurel con que el conquistador cubría su frente el símbolo más perfecto de la latinidad. "En el Circo" es una serie de frescos en que pinta la decadencia del imperio con el vigor reconstructivo que palpita en las páginas de Lombard sobre Bizancio. Cómo lo atrae ese Nerón en quien parece entrever al precursor del diletantismo intelectual! Cuando orienta la dispersión que reina en "Las Cigüeñas" hacia el dolor de la creación de arte, hacia lo estéril de la sangre cordial vertida en aras de

la belleza eterna, recurre al estético sacrificio de Petronio para darnos la imagen cabal. Roma, en la figura del depositario del dogma católico, resuelve el conflicto vital planteado en "Anarkos". ¿A qué seguir citando? La claridad que reina en sus concepciones poéticas y que se proyecta en sus versos, dándoles el lustre de las piedras inmaculadas, es claridad latina, es reflejo de los campos del Lacio. Sus construcciones ideológicas son fuertes y sencillas, es cierto, pero no obedecen a cierta disposición natural de las cosas, como en la arquitectura griega, sino a un plan intencionado y sabio en la disposición de las partes. No tiene la visión simplista del universo. Sabido es que la naturaleza griega, pura y sencilla en Homero y en Teócrito, se combina con muchos elementos al pasar a la concepción virgiliana. Es el espíritu de la raza, el colorido que adquiere en contacto con ciertos jugos vitales. La égloga pura, el simbolismo que nace de la tierra, como la bruma de la mañana, no tienen cabida en el estilo de Valencia. Léase el "Canto a Popayán" y se verá que las imágenes obedecen a un proceso casi doloroso de elaboración mental. Aun para traducir sentimientos primordiales recurre al símbolo de factura complicada, sin entender por esto la imagen aparente, que es como el pretexto poético, sino las múltiples relaciones que encuentra entre su propio espíritu y el alcance de la imagen buscada. Cuando la composición del cuadro parece perder su unidad, recurre a una impresión de regularidad perfecta para establecer la euritmia interior. Así la ventana que se abre sobre la Cena, en la última noche apostólica.

Sin duda la literatura griega es la base de su cultura, desde luego que el sentimiento de la belleza despertó puro y perfecto en el seno de la Atenea inmortal. El helenismo ha tenido cabida en su estética y lo ha traducido en sonetos como "Paganismo" y "Helena" que no son lo sustancial de su espíritu. Muchos de sus contemporáneos, y aún poetas actuales, han hecho cantos de inspiración griega con un sentido muy agudo de la belleza antigua, tanto más cuanto que una de las escuelas literarias de fines del siglo pasado tomó los asuntos griegos como base casi exclusiva de inspiración. Pero no es el sentimiento helénico lo que matiza en Valencia su concepción del arte y de la vida. ¿Lo habremos probado suficientemente?

Valencia escribió su obra en uno de los momentos de agitación intelectual más intensos que haya conmovido al país: Cuando la revolución modernista cambiaba los valores mentales y ofrecía una forma de arte sustancialmente nueva. El credo reciente tuvo aquí apóstoles inflamados. Naturalmente muchas de las agitaciones de esa hora se advierten en la obra de Valencia, a más del sentido general que le presta a toda ella la nueva orientación y que culmina principalmente en la pulcritud del verso. Una noción científica del arte se sustituía a la noción puramente intuitiva. De ahí en adelante sería el verso un compuesto de infinitos elementos de todo orden. Las artes todas contribuirían a refinarlo, a moldearlo, a macerarlo y a hacerlo apto para traducir las más íntimas sinuosidades del sentimiento, las más abstrusas fórmulas mentales. ¿Cómo escribir el "Sueño Vivido" de Hofmansthal, sin contar de antemano con esta renovación del instrumento poético? En filosofía, el solitario del águila y la serpiente traía preocupados los espíritus. Su ética había sido involucrada

en las concepciones novelísticas, tomando un carácter de renovación personal. La página en que el héroe d'annunziano hace la exégesis de un canto de Zaratustra quedó como una fórmula vital para alentar a los espíritus. Valencia, y en general los escritores de esa época, recogieron ese espíritu y dieron a traducirlo en distintas formas. Por otra parte, la expresión literaria llegaba al colmo de la sencillez. Stefan George utilizaba el pensamiento en forma increíble. El símbolo tomaba proporciones enormes, capaces de encerrar una vasta concepción idealista. Las teogonías asiáticas y las edades bárbaras cargaban el verso de sentidos misteriosos. La psicología morbosa entraba de lleno en los dominios poéticos. Todo eso tenía que conmover fuertemente a los espíritus y crear ese estado de indecisión que se manifiesta en muchos de ellos. La obra de Valencia, a tiempo que se mantiene inmutable en el fondo, se matiza en la superficie de diversos coloridos que no son más que reflejos del cielo espiritual que cubría en esos momentos al país. Ese estado de indecisión, de equilibrio inestable del pensamiento, es lo que Faguet ha bautizado con el nombre de alexandrinismo. "L'alexandrinisme n'est pas un genre, c'est un état d'esprit", dice.

Sería curioso seguir al crítico de los "Propos Litteraires" en su distinción sutil entre humanista y alexandrino. Todo humanista es un alexandrino, escribe, y más adelante: "L'alexandrin est un scolaire qui n'a pas eu le temps ou la puissance de devenir humaniste; l'humaniste est un alexandrin qui n'a pas eu le temps, ou la puissance de devenir classique".

Parece que la nota dominante de esta tendencia es la conciliación entre las más diversas doctrinas y la relatividad filosófica de todas las teorías. Alguien definió al alexandrino cuando dijo que la meta del hombre culto es llegar a esa cumbre donde se legitiman todas las doctrinas para excluir todos los fanatismos. ¿Será preciso afirmar que esta concepción excluye toda base dogmática de creencia?

Refiere un político nuestro su asombro cuando votó Valencia una proposición en que el Congreso de la República se asociaba a la Iglesia Católica en la celebración de uno de sus dogmas fundamentales, ya que momentos antes le había comentado unciosamente la página en que Renán proclama el triunfo de la razón sobre los postulados de la fe. No es eso solo. En una confesión de sus últimos años declara su devoción fanática por Nietzsche, el enemigo irreconciliable del cristianismo, y a los pocos renglones afirma que su autor favorito es el Padre Astete. Un día apostrofa al Paganismo para que se levante a conquistar el orbe y remoce las almas y los cuerpos y luego canta al Crucificado. Celebra la muerte de Silva en una elegía pagana, y sobre el mármol en que Adonis llora por Afrodita cita al Nazareno, el del costado herido, para que conforte la agonía del hermoso suicida.

Si la obra de arte es, según su definición, "la reacción de la sensibilidad del genio puesto en contacto con la vida", sería curioso estudiar los choques vitales que han determinado en su genio estas contradicciones. A menos que, como el esteta del Jardín de Berenice, pretenda imitar a la naturaleza, la cual permite en su seno todas las contradicciones a fin de formar con ellas una noble y fecunda armonía.

Pequeña, muy pequeña, en relación con su vida, su talento y su formidable ilustración es la obra de Valencia. Con todo, esa obra es lo más puro que podemos ofrecer como pueblo letrado. No es la obra de la improvisación ni de la paciencia agotadora. Es la obra equilibrada del artista perfecto que sujeta el arranque creador y domina la inspiración. Es la obra profundamente emotiva, pero con esa emoción que nace de las raíces sensibles y se refina en el cerebro. Y sobre todo, es la obra de la cultura. Quizás por eso es tan exigua. ¿Qué importa? Los fabricantes de aromas, cuando reina el esplendor de la primavera, sacrifican todas las flores de una comarca para extraer una sola gota esencial de perfume.

Rafael MAYA

San Antonio y el Centauro

Y Antonio, que había estado descansando, por revelación supo que había otro monje—llamado Pablo—mucho mejor que él, a quien debía visitar. Y el venerable anciano, apoyado en un báculo que sostenía sus débiles miembros, empezó a sentir deseo de ir no sabía dónde. Y proseguía en el camino comenzado diciendo: “Creo en mi Dios; El un día me mostrará al compañero que me ha prometido”. Apenas pronunció estas palabras, vio a un hombre en parte caballo, a quien los poetas denominaban Hipocentauro. Al instante arma el monje su frente con la señal de la Cruz, y dice al monstruo: “¡Hola! ¿En qué parte habita por aquí el siervo de Dios?” Y el monstruo, haciendo rechinar no sé qué de bárbaro y triturando las palabras más bien que pronunciándolas, buscó entre su horrible boca un discurso blando para responder; extendió luego la mano derecha, mostró al monje el camino y, semejante a un ave, desapareció a su vista atravesando los inmensos campos.

San Jerónimo.

In vita Sancti Pauli eremite.

Antonio, el Cenobiarca del silencioso Egipto,
para templar los duelos de su vivir—proscrito
en una helada cueva donde retoza el Diablo—
marchóse en altas horas a visitar a Pablo,
el más viejo eremita.

La paz reinaba en torno:
en cálidos efluvios, por sus bocas de horno
respiraba el Desierto. Ya no volaba una
sola pareja de ibis rojos. La luna,
abriéndose ancho paso tras cenicienta franja,
vertía sobre el polvo su amarillo naranja,
seguida por un astro (dorada mariposa
que en derredor girase de una pálida rosa).

Súbitamente el monje, creyendo oír muy lejos un rumor, se detuvo, y a los blancos reflejos del astro melancólico vio la extraña figura de un monstruo que, a galope, cruzaba la llanura, y removiendo arenas se venía derecho a él; su cuerpo flaco tembló como un helecho que el aura mece; "acaso esa bruta carrera fuese fuego diabólico; tal vez hambrienta fiera..." ¡ya llega! y frente a frente del vital esqueleto del monje, un sér no visto, desmelenado, inquieto, se pára. El ermitaño y el monstruo se interrogan, y así, bajo la calma de la noche dialogan:

EL CENTAURO

Yo soy el viejo Hippofos: el último Centauro que circundó sus sienes con el augusto lauro crecido entre las grutas del Sagrado Archipiélago; soy un hijo de Grecia, que, atravesando el piélago, vino a buscar la sombra de bosques escondidos para llorar la fuga de sus dioses vencidos. Y soy la Fuerza alegre; mi brazo poderoso sabe peinar la ninfa y estrangular el oso; y en mi pecho, que tiene la aspereza del cardo, se doblan las espadas y se despunta el dardo, y, cual rodada piedra que va de tope en tope, sobre las rocas duras revienta mi galope; hasta los dioses tiemblan cuando la ceja enarco; yo rompo dos encinas para forjarme un arco, y cifro la alegría de vivir. Soy un hombre que sueña, quiere y puede, y a la par lleva nombre de monstruo; tengo mente, y endurecido callo: soy malo como el hombre y ágil como el caballo, y velo extraño símbolo. Soñador y lascivo, quien conozca mi esencia conoce un adjetivo, comprende el adjetivo universal y humano que entre su seno oculta la palabra: ¡PAGANO!

Tu nombre dí, Fantasma que dialogas conmigo.

SAN ANTONIO

Yo soy Antonio, un siervo del Señor tu enemigo, que atempera sus pasos a la celeste norma de Jesús, y proscribe la diabólica forma que corrompe los seres, arrebatada la mente y hace perder el alma del hombre eternamente... No soy púgil: mis brazos no soportan el peso de un ánfora colmada; se diría de yeso mi figura unas veces, en otras aparenta los contornos de una raíz amarillenta.

Mi frente, que no ciñe fresco gajo, sin vello
finge tan sólo el árida rodilla del camello.
Soy un heraldo mudo de la roja victoria
sobre el Olimpo. Digo la beldad y la gloria
de Cristo con los seres que son de Polo a Polo.

EL CENTAURO

No puede vuestro Cristo competir con Apolo,
con el hijo soberbio del Ceñudo y Latona,
que en los brazos de Dafnis al amor se abandona,
o lleva el ígneo carro que volcó Faetonte
por los campos azules del abierto horizonte.
El olimpico auriga de la eterna carroza
donde Febo, ceñido de laureles, retoza
con las Horas desnudas, los sonoros tropeles
por el éter dirige de sus raudos corceles.
Van cayendo las sombras bajo el dardo certero
del Arquero divino; por el ancho sendero
que siguió la carroza, cruza el sol, pasa el día,
y la luz va regando su dorada armonía.

Ese numen risueño que ignoró la tristeza
y ha rendido al Olvido su robusta cabeza,
es el padre del Verso: con su mano divina,
al pulsar los bordones del arpa elephantina,
vaga, dulce, amorosa y simbólicamente,
ha forjado una patria más hermosa que Oriente,
donde yerra el perfume que al dolor nos arranca
y a do vuela el suspiro de amor—alondra blanca
que sobre el pico lleva la miel de un beso rojo.
De allí parten los yambos como flechas de hinojo
del artista con celos, que siguiendo la huella
de Marsyas, lo cautiva, lo vence, lo desuella.

Por la senda más agria del adusto Parnaso,
con la crin en desorden, a la luz del ocaso
va subiendo Pegaso, portador en sus ancas
del cantor Musageta, de las Vírgenes blancas.
Y en la fiesta del mármol, sobre el bajo relieve,
entre dioses risueños y Afroditas de nieve
cuyas bocas ensayan las sonrisas eternas,
se irgue Apolo: la carne de sus pálidas piernas;
el torso alabastrino donde la gracia ondula
en cadenciosos planos; la frente que simula
un ara donde ofician la Luz y la Alegría,
y de su cuerpo todo la vívida armonía,
parece que suspiren por el febril contacto
¡de efebos y de ninfas de delicioso tacto!
Al Crinado cantemos!

SAN ANTONIO

Es un ídolo yerto,
es un nombre en el mundo del espíritu, muerto.

EL CENTAURO

Un dios más bello muéstra que Apolo y Citerea.

SAN ANTONIO

El triste, el dulce, el pálido Nabí de Galilea.
Es el profeta joven: como dorada lluvia
tiembla su pelo dócil, fluye su barba rubia:
El sabe lo que dice la voz de las colmenas,
y ama los canes tristes como las azucenas;
y son sus ojos grandes, melancólicos, vagos,
y en su fondo reflejan, como místicos lagos,
el divino silencio de las noches tranquilas;
y, cual besos que miren, sus absortas pupilas
aprisionan la calma del azul horizonte;
son sus manos delgadas como lirios de monte;
por su voz habla el eco de un arrullo divino,
y en vez de lauros lleva la toca del rabino.

Es triste cuando vaga cual un pastor extraño,
en busca de la oveja perdida del rebaño,
y cuando gime a solas por el amigo muerto;
es triste cuando, extinta la luz en el desierto,
con la cabeza baja y los ojos cerrados,
medita entre una fila de camellos cansados.
Si entre las frondas negras del olivar espeso
el de Kerioth le besa con su marchito beso,
sabiendo que su soplo sobre el Ungido vierte
la hez de la perfidia y el vaho de la muerte;
cuando la vieja mano de Dios le desasiste
en el postrer instante de su dolor: ¡es triste!

Y si a la tibia sombra de la copada higuera
sentado por la tardes, al pueblo que lo espera
le dice la parábola, y en delicioso abrigo
bajo la vid en fruto de Lázaro, su amigo,
a María—la tierna—y a Marta—la sentida—
enseña a amar el Alma y a despreciar la vida;
cuando, caudillo inerme de la legión futura
de mártires, levanta la mística figura,
sobre el paciente lomo de la borrica tarda,
y en medio de las voces del pueblo que le aguarda
entra a Salem, de angustia y amor el alma llena;
cuando en las horas grises de la última Cena

no ya la Pecedora su casto pie le enjuga—
y mientras Juan—el virgen—comparte su lechuga,
el Rabbi desolado por la melancolía
¡es dulce, es dulce, es dulce!

La blanca Eucaristía

palpita entre sus manos; con la mirada alumbra
los tintes nebulosos de tímida penumbra
que va llenando en olas aquel sereno asilo,
y, destrozado mártir al parecer tranquilo,
suscita sobre el terso cristal de su memoria
la pena sin orillas de su futura historia,
y oye vibrar el beso del hombre que le entrega
y la cobarde excusa de Kefas que le niega,
y, como los retumbos de sorda catarata,
los bárbaros aullidos del pueblo que le mata,
mientras el ancho marco de la ventana hebrea
recorta azules franjas del éter de Judea,
que está diciendo al mártir de faz entristecida
¡Cómo puede ser libre, fácil, sensual la vida!

Contéstame: ¿qué trágico calzó mejor coturno
que aquel Crucificado de rostro taciturno
que, erguido sobre el Gólgota, desde la cruz pasea
los ojos por su caro país de Galilea
que no verá en el tiempo, y en lánguido desmayo
se va muriendo exangüe? Cuando vestía el sayo
de punzador ultraje, cuando cargó la carga
de su futura gloria, cuando probó la amarga
bebida el virgen labio dolorido y sangriento,
y oyó que su lamento se perdía en el viento,
¡fue el trágico sublime! La flor de los dolores
regó desde ese instante sus cálidos olores,
y como banda nívea de cisnes familiares,
al arenal sin límites huyeron a millares
las vírgenes de Cristo, que en su mansión de palma
hallaron lo que Grecia no supo ver: ¡el Alma!
Allí, más victorioso que el orcomenio atleta,
con sus pasiones lucha vetusto anacoreta,
creador, en el silencio de abruptas soledades,
de goces no sentidos, de voluptuosidades
que acendra el abstenerse y oculta la tristeza;
allá desde las cruces levantan la cabeza
los mártires heridos—sedientos gladiadores
que secan con sus bocas el mar de los dolores.—
El impasible Kosmos de vuestra fantasía
perdió tal vez su eurytmia, su Olimpo, su alegría;
en cambio nuestras almas trocaron la Quimera
por un país excelso donde el amor impera
y...

Súbito el Centauro, doliente, silencioso,
se fue sobre la arena con paso perezoso,
alejando, alejando... y entre la gris llanura
borró para los hombres su helénica figura,
mientras el viejo monje—con su báculo incierto—
con el signo de gracia borraba en el desierto
las huellas del Centauro...

Job

ALEF

Como un viviente escombros de dolor, en la noche medrosa se tuerce la canchosa figura de Job, el idumeo.

Su lacerada carne despréndese a pedazos bajo los picotazos de un buitre, par de aquel que sobre un monte—ya hendido el pecho—le sorbió la sangre rebelde a Prometeo.

BETH

Job, el príncipe atento y noble más que todos los reyes orientales, fue opulento: bueyes tuvo sin cuento, y de ovejas lustrales, un mar en que la espuma fuesen los recentales.

De asnos con piel de argento y finos pies cebrados, innúmeras manadas, y enjazzadas filas de dóciles camellos de sabio andar y de cimbrantes cuellos.

GHIMEL

En leños de Setim se alzó vivienda y la chapó con oro de Heledilat. Ahora tiene por sola tienda una palmera, palmera compasiva que agita sobre el mártir sus flabeles de amor y su tul de quimera y de sombra...

Oh! príncipe, tu trono es la raída estera, y tu reino, aquel lívido país que no se nombra...

DALETH

Satán, el envidioso, te irió y caíste de la próspera cumbre al abismo, y midió tu heroísmo, en tu sér, todo el pávido horror de tu sima interior; el desdén que degüella a cercén la esperanza, y el olvido que avanza, que avanza con las fauces sedientas y su séquito de ortigas hambrientas.

HE

Fue la luz ascua odiosa a tu pupila turbia y ulcerada. Ni la mano sedosa de la noche; ni el alba nacarada palparon dulcemente para el dormir o el despertar, tu párpado roído por el llanto voraz que fluyó gota a gota, en el silencio oscuro; como el aceite impuro que se desliza entre cripta fatal, de una lámpara rota que en el muro agoniza...

VAN

Tu oído—memorioso caracol de la playa eternal en los mares divinos—captó para tu mal las bárbaras saetas que lanzó contra tí el arco siempre tenso de los labios mezquinos.

Mudo sufrir inmenso! ¿Quién oye el gotear que, sin cesar, instila de una infeliz pupila?

Nadie cuenta las gotas de sangre que al rodar hinchan ríos que de los corazones discurren hacia el mar.

ZAIN

¿Los amigos de Job?

Eliphaz Temanita

y Bildad el Suhita

y Sophar Naamathita

rodearon al pobre leproso con dolosa piedad cuya máscara ambigua la virtud arrancó.

Bajo el fuego vivaz que la carne mordía, la pureza crecía de ese humano crisol; se enalbaba el metal con hervir refulgente, y el escombros doliente se doraba de sol.

JETH

El silencio aguzaba el sentir, fecundaba la pena, desvelaba el olvido... y la rútila comba serena proponía a los ojos atónitos el enigma de Orión.

Grito inmenso brotó de la entraña del gigante caído, que cruzó por los ámbitos del desierto dormido y, rugiendo, llegó al reclamo la afelpada fiereza de un león.

TETH

Y entonces vivió Job la sublime soberbia de su aflicción sin par, y escupió a la protervia de los hombres efímeros, y adivinó que un cráneo no es para el mar, estrecho, y que la Eternidad—como cuaja la perla en su menudo lecho—puede cristalizar en instante fugaz, y que el dolor tenaz y profundo va a Dios, como el globo errabundo que asciende arrebatado por el imán astral. Y en fúlgida demencia abrió las cataratas de su quebranto, y en veloz bandada, sus trágicas querellas, como águilas indómitas, volaron de su boca ensangrentada.

YOD

Y tuvo la intuición del Bien, y pesó la Creación con la vieja balanza de Jehová; y, como insomne lámpara, sobre la inmensidad puso a oscilar su propio corazón. Y mientras de su cuerpo—antes membrudo y ágil y oliente a cinamomo, ungido con el óleo de las palmas, y fiero de vigor—se caía la carne macerada, y a lo largo de los huesos desnudos, los flojos ligamentos fingían el cordaje de un bajel despojado por la ira de los vientos; vencedor de su horrenda pesadumbre, su grandeza inmortal unificó en la cumbre el nácar de la perla y el de la podredumbre.

CAF

Lo traicionó la vida: se irguió más grande que ella; lo traicionó la sombra: se refugió en el púdico pabellón de la estrella; su compañera huyó: se consoló mirando los vaivenes de la voluble datilera, y un áspid insidioso que pasaba miróle sonreír con la dulzura de la Primavera.

Ostentaba su frente, en vez de guirnalda riente y joyeles galanos, un hirviente cintillo de tímidos gusanos. Encarnaba su sér los dolores humanos: el tedio que corroe, la zozobra secreta, la irrisión del vidente coprófago, y el titilar de la pupila inquieta y temerosa que ansía ver la meta más allá del abismo sellado de la fosa.

LAMED

Encarnaba su sér los martirios humanos y con sus flacas manos plasmaba sin querer, entre negra tortura, la crispada figura del pesar irredento; musitaba al lamento sin fin de su amargura, al sonar de su horrible cadena, y la pena fluía crúel, como un hilo implacable de hiel sobre el labio tostado y sangriento, sediento de caricias y miel.

MEM

Oh gigante sufrir! Oh velado gemir sin testigos!

Oh mentir de esperanza! Oh mentir de sonrisas y amigos!

Vuélva, oh! Job tu rugir de león,

tu imperiosa demencia,

tu solemne valor,

el sereno saber de tu ciencia

y el secreto cordial de tu férvido amor:

porque todo creador en su seno recata un dolor,

como el tuyo, inmortal. . .

El desdén trascendental

Nubes de plata sobre fondos de oro;
árboles que se doblan lentamente
contra los flancos de la azul pendiente;
gallos que tañen su clarín sonoro.
Por instantes la luna palidece
y de los cuervos con el rauco grito
el dormido horizonte se estremece.

Mi casa, circuida de bambúes,
está llena de libros y de sombra.
Oh pródiga alegría
que da el vivir sin desplegar los labios,
bajo una verde bóveda sombría
meditando en el sueño de los sabios!

Flores, flores, ¡más flores!
se abrieron hacia el alba, y a la tarde
se deshojan lo mismo que la vida.
Rosas, rosas, más rosas. . . .
¿De qué sirve inquietarse por las cosas
si es lo mismo consuelo o desconsuelo?
¿Qué vale la altanera
montaña de Nam-Song que oprime el suelo,
y qué la tierra entera
ante el enjambre rútilo del cielo?

En un vetusto códice de Nubia
ya leyó mi flaqueza:

“Y ofreció Salomé, sobre un plato de oro,
la tronchada cabeza del hosco precursor
al joven Rector griego que desdeña el amor.
Y él le dice: “La tuya, Salomé, yo querría”.
(Dijoselo de broma, por pura fantasía).
Y al apuntar el día
preséntale un esclavo la cabeza cortada
de la rubia judía enamorada.
Y el retórico heleno, que tenía olvidada
su agudeza de ayer,
mandó sin emoción
llevarse aquella cosa ensangrentada,
y siguió su lectura de Platón. . .”

Moisés

I

LA ESTATUA

...Y dijo al mármol: ¡vive! De las entrañas duras surge el Profeta irguiendo su centenario busto con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienas, calcinadas del rayo en las alturas, la planta, vencedora del arenal adusto, y de su añosa barba las vívidas alburas la majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel sedeña, un manto veló, de níveos pliegues, su gigantéz de roble; con musculosos dedos asió la ley del Santo

sobre ancha piedra escrita; y en ademán sereno, alzada al infinito quedó su faz inmoble, como escuchando el sordo repercutir de un trueno...

II

EL SIMBOLO

¡Salve pujante macho! Vigor de primavera erige en altas curvas tu carne floreciente, y porque al mundo asombre tu ancianidad de fiera a Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vio la luz primera, la sangre de los brutos y la divina mente: en tí palpita el láveh de la estrellada esfera y en tí destella el Fauno de la pagana gente.

Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo: en tí se humana el Kosmos; tus brazos de gigante saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

¡Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo, si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante, si desgarró tu mano la noche de los muertos!

Aniversario

(De Stefan George)

Hermana, tóma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vénte luego
en pos de mí:
Hoy há siete veranos que lo vimos:
recuerda . . . En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después . . . un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris . . .
